

el fondo del escondrijo, la amarilla cascada parecía deslumbrarles más. Eran doblas pedreñas, monedas de los Reyes Católicos, con las flechas y el yugo; doblones de a dos, que habían logrado escapar de que tocase con ellos el señor de Xebres; un pedazo de arte y de historia, que refulgía saliendo de entre polvo y humedades de tumba, como de una larva oscura una mariposona áurea. Ninguna moneda era posterior a la fecha del famoso sitio...: sin duda el dueño del tesoro, un anciano achacososo, lo escondió cuando llegaban a la vista del puerto las naos enemigas y el saqueo amagaba. En una hora de angustia allí depositó su caudal y ocultó el arma inútil con la cual no podía defender a su patria. Y después ¿quién sabe?, salió con los demás convecinos, ya que no a pelear, a empuñar el arcabuz, o la espada, o la lanza fuerte, como corresponde a quien lleva el nombre de Barbosa; al menos a ver, a alentar con sus voces; y no volvió nunca y sus descendientes no conocieron el secreto del escondrijo...

Nada de esto sospechaban los albañiles. Para ellos era la olla una cosa «del tiempo de los moros»; pero encerraba oro, y el oro, creían ellos, no tiene fecha, pertenece a todas las épocas, a todos los tiempos, al nuestro especialmente... El concierto fué rápido, casi silencioso. Nada se le diría al maestro; ninguna necesidad había tampoco de que lo supiese el dueño de la casa. ¡No faltaba otro cuento! Reclamarían, exigirían su parte... ¡Cacho! Todo distribuido entre los compañeros, los presentes nada más, ¿eh? Porque tampoco venía al caso repartir con los demás que acudiesen al otro día, porque le diese la gana al maestro de reforzar la brigada, un suponer. Eran cuatro: pues a contar las monedas, y tantas corresponden a cada uno, y a echarlas al bolsillo y acabóse. Después demolerían todo alrededor del escondrijo para que nadie adivinase el secreto. Aquel ferrancho—la daga—la arrojarían a la bahía. Como lo pensaron lo hicieron. El reparto, sin embargo, no fué tan fácil, porque *el Trenco*, atribuyéndose la prioridad del hallazgo, exigía mayor cupo. Hubo zaínas, miradas de soslayo, y gruñidos que descubrían dientes loberos, y palabras sordas que masticaban maldiciones. *El Trenco* amenazaba con hablar, con delatar y dejar a todos iguales; nombraba a la justicia, ejercía coacción. Hubo que darle dos partes a aquel demonio; pero *el Caldeto*, un valentón de marca, murmuró refunfuñando:

—Que aspere, que aspere... Ya verá si le quedan ganas de robar, porque robo es...

A la tarde—al salir del trabajo—el jaque aguardó al *Trenco*, y jugando puños y navaja, le quitó su presa. Al otro día *el Trenco* hablaba con el señor de Barbosa y denunciaba el hecho. Y, al siguiente, estaban en la cárcel todos, y el juez citaba al platero a quien habían vendido a cualquier precio las monedas. El hallazgo, o mejor dicho, su ocultación, costó un año de cárcel y arruinó a las familias de aquellos menguados, que se habían atrevido a tocar con sus manos el cuerpo muerto y siempre formidable del pasado y a repartirse sus reliquias. Y fué justo castigo, que merecen cuantos a tal se arrojen. El ánima en pena que guardaba el escondrijo hizo bien en sentarles la mano.

Condesa de PARDO BAZAN.

CURIOSIDADES

Un periodista americano dedicó recientemente un artículo al dinero en circulación que hay en los Estados Unidos, y calculaba que si dicho dinero fuera repartido equitativamente entre todos los habitantes de la gran República, cada uno, hombre, mujer y niño, tendría derecho a una suma de 34 dollars y 72 peniques.

Terminaba su artículo con un rasgo de humor, invitando a cuantos tuvieran necesidad de dinero a reclamar dicha suma al Gobierno.

Lejos estaba de suponer, sin duda, que su invitación fuera tomada en serio por parte de sus lectores; sin embargo, así fué. Algunos centenares de cartas llegaron al director de la Casa de Moneda, reclamando el dinero.

Una mujer escribió: «Tened la bondad de enviarme, por paquete postal, mi parte de los 3.350.727.000 dollars, que es de 34,72. Enviadme esta suma en billetes de un dollar, y 72 peniques.»

Un hombre escribió que estaba casado y era padre de una numerosa familia, así que esperaba «que el Gobierno no se ofendiera si reclamaba su parte.»

Mr. Roberts, director de la Casa de Moneda, ha escrito una circular en la cual informa que la Administración evalúa mensualmente sobre bases teóricas, pero que no está encargada de la repartición del dinero.

DE TODO Y PARA TODOS

FRASES POPULARES

¡Es un Adonis!



A fragilidad de Myrrha, Princesa de Chipre, determinó que su hijo Adonis naciera y viviese en los bosques.

Su hermosura, tan celebrada después, cautivó a Venus, que llorando la pérdida de Apolo se había retirado a aquella isla; mas como sus encantos no hallaran eco en el corazón del joven, de suyo áspero y selvático, y la diosa no se conformara con el desdén de este hijo de Cyniras, recurrió a la mediación de Epidamnia, una de sus ninfas, la cual desempeñó cumplidamente el delicado encargo.

La felicidad que no poco tiempo disfrutó la amorosa pareja, fué interrumpida por la inopinada presencia de Marte, antiguo amante de Venus, quien, aprovechando un día que Adonis cazaba sin su amiga, apareciósele en forma de Jabalí y le hirió de muerte. Voló Céfito a dar la infausta nueva a la diosa, que acudió despavorida, suelto el cabello y con sus hermosos pies desnudos, no obstante las espinas que se los destrozaban; pero llegó tarde: Adonis era ya cadáver.

Loca de dolor la diosa convirtió en la flor llamada *Anémoma* la sangre que de la herida de su amante corriera; y se tiene por cierto, igualmente que las rosas que en un principio eran blancas por completo, deben su color actual a la sangre que de los hermosos pies de Venus brotó en esta ocasión.

Aunque en el sitio de la catástrofe se levantó luego un templo para adorar a Adonis, en el cual anualmente se celebraba la memoria de su muerte con llantos públicos; Venus no se resignó a la soledad y pidió a Júpiter con las más vivas instancias la resurrección del ser querido, gracia extraordinaria que al fin logró no obstante la porfiada resistencia de Proserpina, esposa de Plutón, dios del Averno, que, prendada también del bello galán, se negaba a dejarle salir de sus dominios.

Lope BARRÓN.

Visado por la censura

Chistes

—La enfermedad de Martínez ha tenido un funesto desenlace.

—¿Ha muerto?

—No; pero no me ha pagado la cuenta.

—Una viuda se casa por tercera vez.

—¿Cuándo es la boda?—le preguntan.

—Yo quería que fuese mañana; pero habré de esperar unos días porque está enfermo el padre Benítez, que es quien debe casarnos.

—Puede casarla a usted otro sacerdote.

—Sí, es verdad; ¡pero estoy tan acostumbrada a que me case ese...!

—¡Cuánto me alegro de saber de vosotros! Y tu hermano, ¿qué hace?

—Es poeta.

—¿Y para dónde escribe?

—Para el cesto de varias revistas.

Un novio tarda en llegar a casa de su prometida, que le espera con impaciencia.

Al fin suena el timbre de la puerta, y en su entusiasmo, dice la muchacha a su madre:

—¿Oyes, mamá? Ahí está Enrique. ¡Qué bien llama el pícaro!

VOLUBLE



—Ayer vi a tu prima con el novio de Rosa y anteayer con el de Lucía.

—Es una chica que no tiene amor propio.